



*Visión de la vencidos. Estudio y transcripción de las memorias
de Juan Bautista Tupac Amaru,*
de Hernán Neira

(Editorial de la Universidad de Santiago, Santiago de Chile, 2009)

POR JOSÉ SANTOS HERCEG¹

Quisiera comenzar esta presentación con una cita tomada de un pasaje del *Fedro*, un apartado que no he logrado sacar de mi cabeza desde que comencé a leer el texto de Juan Bautista Tupac Amaru. Dice el Sócrates de Platón:

Porque es que es impresionante (...) lo que pasa con la escritura, y por lo que tanto se parece a la pintura. En efecto, sus vástagos están ante nosotros como si tuvieran vida; pero, si se les pregunta algo, responden con el más altivo de los silencios. Lo mismo pasa con las palabras. Podrías llegar a creer como si lo que dicen fueran pensándolo; pero si alguien pregunta, queriendo aprender de lo que dicen, apuntan siempre y únicamente a una y la misma cosa. Pero, eso sí, con que una vez algo haya sido puesto por escrito, las palabras ruedan por doquier, igual entre los entendidos que como entre aquellos a los que no les importa en absoluto, sin saber distinguir a quiénes conviene hablar y a quiénes no. Y si son maltratadas o vituperadas injustamente, necesitan siempre la ayuda del padre, ya que ellas solas no son capaces de defenderse ni de ayudarse a sí mismas.

Al menos tres asuntos hay que tener a la vista de acuerdo con Sócrates: primero, que la palabra escrita no habla más que lo que habla, por lo que no es posible dialogar con ella; segundo, que

¹ Doctor en Filosofía, Investigador del Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago. Jose.santos@usach.cl

el texto no discrimina, no elije, ni decide quién lo lee, quién debe leerlo y quién no, quién merece hacerlo y quién no; tercero, que el escrito no puede defenderse solo, sino que requiere de su padre o madre para que lo protejan de sus críticos. Como si se tratara de una suerte de grabación, un escrito recoge lo pensado y dicho por su autor en un momento determinado y lo fija en el tiempo, pero la voz momificada en la grabación no puede contestar sino que repite una y otra vez siempre lo mismo, con ella no es posible un diálogo, ella no puede decidir quién la escucha ni responder o defenderse de quien la ofende... es sólo una voz que requiere de quien la profirió para que la proteja. El problema es que el autor, el padre, la madre... en el caso del escrito aquí presentado, ya no está cerca para defender su texto, su obra. Sócrates se inclina por no escribir, el Inca, sin embargo, decidió redactar sus memorias, aunque luego de eso se le escaparon, se le arrancaron y no pudo cuidarlas, defenderlas, protegerlas.

Un libro, cualquiera sea, sigue un movimiento que en su descripción se acerca a la dialéctica hegeliana: es una exteriorización del sujeto que se extraña, es el sujeto puesto en objeto, pero es un sujeto que se enajena: se vuelve otro de su autor, separado, autónomo, diverso. El libro que reseñamos aquí "es", en el sentido más profundo, especialmente por su carácter autobiográfico, Juan Bautista Tupac Amaru, pero ya no lo es, digamos más bien, que es el Inca que fue, el que, al escribirlo, se objetivó a sí mismo en él, pero con ese mismo gesto se separó de ese otro yo que se hizo objeto. El libro con las *Memorias* de Tupac Amaru fue arrojado al mundo, donde no ha podido más que repetir sus palabras frente a los ojos de quien las ha leído, sin poder elegir quién lo hace, sin poder resolver sus dudas, contestar sus preguntas, ni responder a sus críticas.

Esta edición de las *Memorias* de Tupac Amaru tiene, sin embargo, la gran suerte de no haber sido arrojado al mundo en soledad, ni desnudo. No cae a la intemperie para tener que valérselas por sí mismo. El estudio introductorio de Hernán Neira hace las veces de escudero, de compañero, de intérprete, de traductor: se hace cargo de las preguntas que se le hicieron, responde a las críticas y aclara las dudas, lo trae a este mundo, lo actualiza, lo traduce. Neira es aquí una suerte de padre postizo o putativo, si se quiere, uno que se ha encariñado con la obra y no quiere dejarla sola, no pretende abandonarla a su suerte. Un gesto de una valentía significativa, pues con él, él mismo se expone: se pone al frente como un escudo humano, literario más bien, dispuesto a enfrentar al lector con un texto que lo precede, que lo explica, que lo contextualiza, que lo avala.

El riesgo que corre Neira, sin embargo, vale la pena, en consideración del reconocimiento del enorme y trascendente valor de la obra aquí reseñada. Valor que, creo, es evidente, pero como casi siempre ocurre, aquello que es más evidente tiende a quedar escondido, tapado, camuflado, acallado. Y ello, sobretodo, por la simple razón de que aquella ideología que llevó a dismantelar la rebelión de Juan Gabriel Tupac Amaru y mantuvo encarcelado y exiliado a Juan Gabriel Tupac Amaru por cuarenta años, tiene una vigencia indesmentible para quien quiera verlo. Develar, revelar, destapar y destacar la importancia del texto aquí presentado es, por lo tanto, también un gesto político de rebeldía y reivindicación. Es, en algún sentido remoto, continuar con la revelación de aquel célebre inca que se levantó en armas contra el Imperio Español.

Lo haré, por supuesto, desde el lugar en el que coincido con Hernán Hernán: la filosofía. Este encuentro no es anecdótico, ni casual, sino que apunta, pienso que con certera agudeza, al hecho de que se trata de un escrito filosóficamente relevante. Y cuando digo esto me refiero a una simple constatación de cuño hegeliano, esto es, que no hay filosofía sin sujeto. Pero, siguiendo a Arturo Andrés Roig, no estoy hablando de cualquier sujeto, sino de aquel que “se pone a sí mismo como valioso” y “considera valioso el pensar sobre sí mismo”. Este “acto valorativo originario” se constituye en el antecedente necesario e indispensable para la existencia de la filosofía. Punto de partida y punto de llegada del filosofar, según Roig. A diferencia de Hegel, sin embargo, la idea de sujeto en Roig –lo que suscribo sin dudarle un segundo– alude a un sujeto “empírico”. Con ello, no se refiere a lo simplemente somático o meramente natural, sino más bien al sujeto en cuanto “manifestación inmediata de la historicidad”. Se trata de un sujeto empírico en tanto que histórico y concreto.

Este “ejercicio valorativo originario” que constituye al sujeto lo pone, al mismo tiempo, a una cierta distancia frente al mundo y genera un alejamiento que permite verlo como una realidad objetiva. No se trata, sin embargo, de cualquier mundo, sino el del sujeto: su mundo. Para el caso del sujeto histórico, empírico, concreto, que nos interesa aquí, se trata del sujeto latinoamericano, el mundo que se abre es justamente el nuestro, América Latina. Lugar que es parte de nuestra valoración originaria en tanto que el valorarnos implica valorar nuestro lugar. El asunto de la “identidad”, o tal vez falta de identidad, por lo tanto, no es un problema secundario o aleatorio de nuestro filosofar, la pregunta por nosotros es nuestro filosofar real, verdadero. Es por esto que, tal como lo hiciera Roig junto a muchos otros filósofos latinoamericanos, es indispensable hacerse a la tarea de

desentraña lo que sea América Latina, lo que seamos los latinoamericanos. En esta tarea el aporte del texto de Juan Bautista Tupac Amaru tiene un lugar preponderante.

En este punto me permito traer a colación otra cita, esta vez de uno de los más grandes escritores de Nuestra América, justamente de aquel que instaló este mismo nombre: José Martí. Nos dice el cubano: “La historia de América, de los Incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra”². Uno de los textos fundamentales para acceder al conocimiento de esa “Grecia”, la “nuestra”, son las *Memorias* de Tupac Amaru. Allí se puede ver una imagen, una representación de nuestros antepasados, de lo que fueron, de cómo vivieron, de lo que buscaron, anhelaron, sufrieron... En ese sentido creo que Hernán acierta sin duda al sostener que la vida del último Inca funciona como metáfora o más bien imagen de lo que ha sido toda Hispanoamérica. Quisiera aquí poner de relieve sólo algunos rasgos de dicha imagen.

Para ello comenzaré por una alusión, tal vez algo sorprendente en principio, a Shakespeare, en particular a *La Tempestad*. Es bien sabido que sus personajes han servido como arquetipos socio-culturales. Quisiera hacer ver aquí de qué manera el lugar en el que Tupac Amaru se pone en sus *Memorias* es el de Calibán, dándole con ello la razón a Fernández Retamal cuando sostiene que “Nuestro símbolo no es pues Ariel, como pensó Rodó, sino Calibán (...) No conozco otra metáfora más acertada de nuestra situación cultural, de nuestra realidad (...) ¿Qué es nuestra historia, qué es nuestra cultura, sino la historia, sino la cultura de Calibán?”³ Calibán es el verdadero y legítimo heredero de la isla, que le ha sido usurpada por el extranjero venido por el mar a quien, para mayor abundamiento de males, no le ha bastado con adueñarse de lo que no le correspondía, sino que además lo ha esclavizado. Calibán es el despojado: de su tierra, de su herencia y de su libertad. “Esta isla me pertenece por Sycorax, mi madre –le dice a Próspero–, y tú me la has robado”.⁴ Calibán es el que aprende la lengua de Próspero y la utiliza para maldecirlo: “¡Me habéis enseñado a hablar, y el provecho que se ha reportado es saber cómo maldecir! ¡Que caiga sobre vos la roja peste por haberme inculcado vuestro lenguaje (...)! Que todas las miasmas que absorbe el sol de los pantanos, barrancos y aguas estancadas caigan sobre Próspero y le hagan morir a pedazos!”⁵ Algo muy similar encontramos en el relato de Juan Bautista Tupac Amaru.

² Martí, José, “Nuestra América”, en *Nuestra América*, Biblioteca de Ayacucho, Tomo 15, 2005, p. 34.

³ Roberto Fernández Retamar, *Todo Calibán*, FLACSO, Buenos Aires, 2000, p. 33 y 34.

⁴ William Shakespeare, *La Tempestad*, *Obra Completa*, Aguilar, España, 1969, p. 2028.

⁵ *Ídem*, pp. 2037-8.

En efecto, el autor de las *Memorias* se presenta a sí mismo como el verdadero y legítimo heredero del legado de los Incas. Señala expresamente que lo une con José Gabriel un vínculo de sangre –como medio hermano–, por lo que desaparecidos todos los otros parientes, asesinados en su mayoría o muertos por las condiciones a las que fueron sometidos por los españoles, sólo él queda vivo de la dinastía real de los Incas que proviene directamente desde Huaya Capac. Dicha herencia, sin embargo, le es arrebatada por la violencia sin límite de los españoles, quienes desde la conquista son los “usurpadores” que, según insiste en comentar, en su afán por el oro, en su amor por las riquezas, no reconocen límite... ni físico, ni político, ni moral. “Cortés y Pizarro –escribe Tupac Amaru– someten a una nación virtuosa, feliz y rica, asesinando reyes, segando a sus naturales por horrores espantosos, y la Europa toda reconoce esta adquisición como legítima, recibe riquezas ensangrentadas como un bien agradable a su codicia; y toda la obra es bendita por el santo padre y sus sucesores” (48).

Sin que sea suficiente con arrebatarle su herencia, Tupac Amaru es sometido, degradado, aniquilado física y emocionalmente, rebajándolo hasta lo último. Especialmente cuando relata los primeros siete años de su cautiverio en América primero y en España después, el autor no ahorra en mostrar detalladamente las condiciones inhumanas en las que se le mantenía, los vejámenes a los que se le exponía, la mezquindad y desprecio con que se le trataba. La constante, especialmente esos años, fue la injuria, los golpes, el hambre y la sed, los malos tratos, la violencia desmedida e injustificada. Tanto fue el maltrato recibido por todos y de todos que “(...) llegué a creer que la manía de devorar a los hombres era nacional; que su causa era orgánica, y todavía esta opinión no se me disipa (...)” (53).

Tupac Amaru, al igual que Calibán, aprende, aunque tardíamente, la lengua de los españoles: “Yo ignoraba el idioma español, y las costumbres de esta nación”, dice cuando ya está instalado en la isla de Ceuta, muchos años después de que lo tomaran prisionero. Se vio forzado a aprenderlo, pues necesitaba poder comerciar con los habitantes del lugar y así proveerse de lo esencial para subsistir. Un aprendizaje netamente instrumental que, además, debe mantener oculto, pues, como él mismo informa: “(...) el más pequeño indicio de cultivo de mi espíritu ser acarrearía la muerte” (68). Se empeña, entonces, en hablar lo menos posible, hace un voto de silencio y decide

aislarse, permanecer lo más alejado posible de lo español: “(...) tomé la resolución más propia de mi situación, cual era la de vivir solo, pues que la sociedad no me ofrecía más que opresores y amarguras (...) a esta especie de muerte debo mi conservación y la experiencia ha justificado el acierto de mi medida” (68). Tupac Amaru vive treinta y dos años en España sin siquiera formar un solo vínculo con algún habitante oriundo de esas tierras ni, por supuesto, con la tierra misma: “(...) tan larga mansión con los europeos no había producido ningún vínculo en mi corazón hacia nada ni nadie” (70).

El aprendizaje de la lengua española, sin embargo, habría de tener para Tupac Amaru, al menos, cuatro rendimientos: tres positivos y otro negativo, aunque, tal vez, todos pueden considerarse positivos. El primero de ellos, que lo emparenta directamente con el Calibán de *La Tempestad*, es que le da la oportunidad de maldecir al usurpador español. El texto completo de las *Memorias* puede ser leído, sin duda, como una gran venganza lingüístico-literaria. Allí el autor se empeña en describir con lujo de detalles las atrocidades cometidas por los españoles de un modo que no deja de recordar la *Brevísima relación de la destrucción de Indias* del padre Bartolomé de las Casas. Pero el autor no se conforma simplemente con eso, sino que además se explaya en mostrar la crueldad, la alevosía y, sobre todo, la indiferencia con la que se cometían dichas atrocidades. Una de las cosas que más sorprende a Tupac Amaru, sin embargo, no es tanto el terrible modo en que lo trataban, sino el que sus torturadores parecían disfrutar infinitamente al hacerlo: “Nuestros tiranos, decíamos, parecen regocijarse de nuestros males, de nuestra tristeza y degradación” (59).

La imagen que se dibuja en el texto del español, de todos los españoles sin excepción alguna, es la de seres ante todo ambiciosos, insaciables de oro y de riquezas, de una crueldad ilimitada, sin ningún sentimiento de humanidad y menos aún de arrepentimiento. Desde los reyes hasta los últimos de los mendigos, pasando, por supuesto, por los soldados y los comerciantes... todos comparten, para el Inca, estas características. Tanto es así, que llega a sostener que se trata de algo inscrito en la raza misma española por naturaleza y como tal es algo inevitable, incontrolable para ellos: “(...) parece entonces la demostración de mi opinión que es estar en sus órganos la verdadera causa porque se complacen tanto en los actos de matanza de hombres y tienden a ellos como impelidos por una fuerza instintiva” (65). Una especie de maldad intrínseca que a juicio del Inca sólo podía acarrear su propia destrucción.

Fuera de esta revancha, de esta suerte de ajuste de cuentas literaria que son, en efecto, las *Memorias*, la lengua se le presenta al Inca también como una oportunidad. El aprendizaje del español le permitirá poder relacionarse con los patriotas americanos que llegan exiliados a España. Entre ellos hay una figura que será central en el relato: la de D. Marcos Duran Martel, un americano a quien recibe en su casa y que luego salvará su vida en más de una oportunidad. De esta forma, el haber aprendido el español sirve a Tupac Amaru para destacar, tal vez de manera algo exagerada, la figura de Duran Martel. Las últimas páginas de las *Memorias* están plagadas de anécdotas en que este criollo aparece como una suerte de santo laico, e incluso mártir, que se empeña en cuidar y proteger al Inca aun a costa de su propia comodidad. Tupac Amaru no ahorra en alabanzas para este hombre cuya virtud y generosidad no parecen tener límite. Le atribuye todo el mérito por haber conseguido que finalmente, luego de 40 años de sufrimiento, lograra tranquilidad y libertad: "(...) mi compañero, D Marcos D. Martel es quien lo ha conseguido, la gloria a él solo le pertenece y mucho más por haberlo hecho por un constante ejercicio de actos de humanidad de que pocos hombres serían capaces (...)" (79).

No deja de ser sugerente que en cuarenta años de intercambio, de comercio con españoles, no establezca con ellos ni un solo vínculo dada su despreciable calidad moral. La única relación que logra entablar es con este criollo de una moralidad tan magnífica que, a juzgar por las palabras del autor, merecería la santificación. Me pregunto si tal vez se podría leer allí una puesta en escena dicotómica y extrema: incluso algo caricaturesca. Los españoles crueles hasta la saciedad, ambiciosos sin límite... y los criollos, encarnados metafóricamente en Martel, generosos, humildes, mansos y amables en esa misma medida. Criollos con los que el mismo Tupac Amaru se identifica, en tanto que americanos. Él se cuenta entre ellos y, por lo tanto, en su alabanza ensalza también su propio mundo, un mundo que, en comparación con el Español, es sublime, casi perfecto.

Articulado con esto, quisiera referirme a un último ámbito en que dicha lengua tiene rendimientos para nuestro autor. En efecto, el español le sirve a Tupac Amaru como dispositivo de resistencia. Tal como la hace ver Hernán en su estudio, en las *Memorias* casi no existen pasajes en los que se describa o se refiera directamente al mundo incásico. Hay una alusión, pero que, sin embargo, tiene como fuente, aclara Hernán, al cronista Bernardo Díaz del Castillo, un español. Es esta una

de las razones por las cuales es posible hablar de “olvido”. En efecto, no sólo deja fuera de su relato las referencias al mundo pre-hispánico, sino que, además, ni siquiera es posible ver rasgos de su cosmovisión indígena en el texto. Esto lleva a Hernán a sostener que podría decirse que ni siquiera se trata de un mestizo al modo de Felipe Guamán Poma o del Inca Garcilaso. “No, Juan Bautista no puede ser considerado como ejemplo de la síntesis de lo hispano y de lo amerindio, pues en él, lo americano y lo indio ha sido completamente olvidado y, cuando lo recuerda, lo interpreta con la mente de un liberal español o europeo” (28). En el Inca, a juicio de Hernán, “ha desaparecido lo indio” (29).

Esta tesis que sin duda está bien fundamentada a partir del texto y es claramente aceptable y subscribible, es también, sin embargo, sumamente sorprendente. Me explico. Juan Bautista Tupac Amaru es un indio, uno de familia real, que se cría, se forma, crece, se educa y se desarrolla la mitad de su vida sumido, rodeado por su cultura originaria. Es un indio tomado en cautiverio y enviado a España donde perderá contacto con su mundo de origen, lo que podría servir para explicar su olvido de su cosmovisión originaria, pero allí no tiene contacto alguno con la cultura europea, ni siquiera entabla un vínculo con algún hispano... por lo que es difícil comprender la aparente adopción de la cosmovisión europea. La lengua la aprende tardíamente y ni siquiera sabe escribirla, pues se ve obligado a dictar sus *Memorias*. Lo que logra absorber de la cultura debe ocultarlo por temor a las represalias. Desprecia expresamente todo lo que venga de España. En este contexto es que su europeización y des-indianización es difícil de aceptar.

Quisiera, por lo tanto, traer a colación una hipótesis alternativa, aunque sin duda discutible. Me refiero al uso astuto, solapado, pero sistemático, de la lengua y la cultura europea justamente como un lugar de resistencia indígena. No para demostrar, sino sólo para mostrar que una hipótesis como esta podría ser sostenible, aludiré a un pasaje muy marginal de la obra, tan marginal, que se trata de una nota al pie. Hay razones formales por las que esta nota debe ser destacada a mi juicio. En primer lugar, por la constatación simple y llana de que es la única nota al pie que pone el mismo autor, en segundo lugar, porque es extremadamente extensa y, en tercer lugar, porque, si hemos de creer a Derrida, es en estos lugares de descontrol donde un autor expresa, sin tantas precauciones, lo que realmente quiere decir. Hay, además, una razón de fondo para atender a esta nota: allí Juan Bautista se refiere expresamente al mundo incásico, a su organización, a su

administración política y social, mostrando sus enormes virtudes y contrastándolo con el español. Luego de hacerlo, con lujo de detalles, cierra con una exclamación admirativa: "¡Que espectáculo!". Tupac Amuro, a juzgar por esta nota puesta al final del texto no lo ha olvidado todo y, claramente, sigue siendo un convencido de que el mundo incaico es superior.

Con esto quisiera cerrar esta presentación ya tal vez exageradamente larga. Antes de hacerlo, sin embargo, los invito a leer, a trabajar, a estudiar este clásico de nuestra letras, a buscar allí una sombra, una huella, una pista de lo que somos en tanto que americanos. Este libro viene a engrosar una extremadamente exigua literatura que nos informa acerca de los pueblos originarios desde la propia voz de dichos pueblos. Se trata de un escrito sorprendente y el estudio de Hernán constituye una gran ayuda.